

ARTES DEL FUEGO

LA CERÁMICA

ALLÁ por la infancia del mundo, el hombre primitivo echado junto a las cenizas del fuego que daba lumbre a su guarida, detuvo un día los ojos sobre un acontecimiento nuevo para su obscuro y virgen entendimiento. Atónito miraba como el lecho de greda de su hoguera se había endurecido por el contacto de las llamas, y como esa ductil y suave materia—la greda—se tornaba de encendido color rojo por obra y gracia del fuego. Quizás pasaron algunos milenios para que su ruda inteligencia concibiera las toscas alfarerías que hoy día desentieran los arqueólogos entre otros testimonios dejados por las civilizaciones arcaicas. ¿Por qué caminos siguió este arte que hoy día vive una época de perfección?

En la antigua China o tal vez en el Asia



RAUL CARVAJAL.—Tocador de acordeón

Occidental, algunas centurias antes de la era cristiana, se marca un salto prodigioso en el incipiente arte cerámico. Un vaso frágil y poroso de tierra cocida es recubierto de un flujo vítreo. Un segundo fuego se encarga de unir los dos elementos y así aparecen las primeras gredas vidriadas. Los diestros alfareros chinos siguieron en su afán y pocos siglos después producen los primeros gres. De las gredas vidriadas al gres de los viejos coreanos, verdaderas proto-porcelanas, hay un avance bien significativo. En el gres la acción del fuego es más profunda: funde la cubierta vítreo y llega a vitrificar, sin fundir, el cuerpo terroso de la pasta cerámica. Un gres fabricado con arcillas blancas—principalmente caolín—y otras materias que no aporten coloración a la pasta, se deja atravesar por los rayos de la luz. Era la transparente porcelana,

secreto que los chinos supieron guardar al precio de tortura y muerte para quienes lo revelaran.

Entretanto, desde China, volvamos nuestros ojos hacia el Occidente.

Los artífices de las viejas civilizaciones que florecieron en torno al Asia Menor, buscaron también en el fuego un seguro aliado para sus creaciones. Los egipcios vidriaron sus idoliños de barro cocido. Los caldeos realizaron sus frisos monumentales en ladrillos esmaltados a fuego. Pero son los persas, los sabios maestros, quienes dan a la cerámica un esplendor incomparable. Combinan sus vidriados con diferentes compuestos metálicos. Del hierro obtienen los rojos, ocre y amarillos; del cobre los verdes; del oro, carmín, púrpuras y rosas. Así multiplican mágicamente el color y hacen un hallazgo de larga trascendencia: con ayuda del estaño logran encontrar un vidrio que al fundir revoca de un blanco nítido y opalescente la superficie del barro cocido. El artífice persa dispone así de un fondo ideal para hacer jugar la transparencia del color. Esta rama del arte persa se practica hasta hoy día con el nombre de loza blanca estanífera o mayólica.

El arte inimitable de los persas no trascendió a las civilizaciones de la Europa. Sólo los árabes lograron llevar a España unos de los elementos esenciales de la cerámica persa: el esmalte blanco de estaño. Los árabes españoles, en sus mayólicas, no buscaron el juego del color. Pero, en cambio, por medio de las llamas lograron reducir al estado metálico los compuestos del cobre que decoraban sus cerá-

micas, adquiriendo un lustre mágico cuajado de sorprendentes irizaciones. Las mayólicas de España encontraron un eco en Italia, desarrollándose allí un arte de sello distintivo. De Italia se extendieron al resto del continente y el Renacimiento encontró a las artes cerámicas en pleno desarrollo.

Los ceramistas renacentistas no alcanzaron la milenaria técnica de los chinos, ni el colorido persa; pero, sus obras en que se refleja todo el espíritu de aquella época, afrontan dignamente toda comparación.

Los portugueses comenzaron a comerciar la porcelana china por el siglo XII. Quimera constante de brujos y alquimistas fué la de reproducir esas «brujerías» que venían del oriente. En 1470 el alquimista veneciano Antonio lograba fundir una especie de porcelana que llamaron «porcelana ficta». Sólo en 1709, un buen día el alemán Boettger, tratando de fabricar oro, encuentra casualmente en el fondo de un crisol el precioso secreto de los chinos. Años más tarde comienza a formalizarse la ciencia química, y con la aplicación de sus seguros métodos de investigación va descorriendo paso a paso el velo al misterio chino, al árabe, al persa.

Hoy día el arte cerámico, fuente, múltiple y universal, vive una de las horas más intensas de su historia.

Comienzan en nuestro país los primeros balbucesos de una infancia. Y hay esperanzas de alcanzar un arte joven y viril.

René Mesa Campbell.